



Pablo: Servidor y heraldo de la Palabra

“La palabra no está encadenada” (2 Tm 2,9)

P. Danilo A. Medina L., ssp.*

Sumario

El autor analiza los profundos nexos que se pueden establecer entre la vida y la obra de San Pablo con la Palabra de Dios. Inicia su reflexión demostrando que las Sagradas Escrituras, sin dejar de ser Palabra de Dios, son también palabra humana. Pablo, en efecto, fue un apasionado de la Revelación de Dios y un conocedor profundo de las Sagradas Escrituras. Él es el gran enamorado de la Palabra, un maestro de la Palabra y un valeroso predicador de la Palabra.

Palabras clave: Palabra – Palabra humana y Palabra de Dios – Sagradas Escrituras – Predicación.

* Sacerdote paulino. Doctor en Sagrada Escritura; danilomedinassp@yahoo.es



Sumário

O autor analisa os profundos nexos que se podem estabelecer entre a vida e a obra de São Paulo com a Palavra de Deus. Inicia sua reflexão, demonstrando que as Sagradas Escrituras, sem deixar de ser Palavra de Deus, são também palavra humana. Paulo, com efeito, foi um apaixonado da Revelação de Deus e um profundo conhecedor das Sagradas Escrituras. Ele é o grande enamorado da Palavra, um mestre da Palavra e um valoroso pregador da Palavra.

Palavras chave: Palavra – Palavra humana – Palavra de Deus – Sagradas Escrituras – Pregação.



Introducción

La feliz coyuntura eclesial del año paulino (2008-2009), que celebra los dos mil años del nacimiento del Apóstol, junto al Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, celebrado en Roma en octubre de 2008, y que se espera culmine en una exhortación apostólica postsinodal de próxima publicación por parte del Papa Benedicto XVI, nos ofrecen una ocasión privilegiada para reflexionar acerca de los profundos nexos que se pueden establecer entre la vida y obra de Pablo de Tarso con la Palabra de Dios.

1. Palabra humana y Palabra de Dios

A la luz de los modernos y contemporáneos avances en el campo de los estudios bíblicos, ya no resulta escandaloso afirmar que las Sagradas Escrituras, sin dejar de ser Palabra de Dios, y por lo tanto, un mensaje inspirado por el Espíritu Santo con valor de revelación, son al mismo tiempo palabra humana, literatura de un pueblo, fruto de personas o grupos específicos, que vivieron en circunstancias históricas y geográficas muy concretas, reflejadas en sus escritos.

En este sentido, y particularmente en este caso, hablar de Pablo y la Palabra de Dios es prácticamente caer en redundancia. De hecho, es tan estrecha la relación existente entre ellos, que en cierta forma llegan a identificarse: la palabra inspirada de Pablo llega a ser reconocida como Palabra de Dios, y no sólo en nuestros tiempos, sino incluso desde los albores del cristianismo, como lo atestigua la segunda carta atribuida a san Pedro cuando afirma: *“La paciencia de nuestro Señor Jesucristo considérenla como salvación, como se lo*



*escribió también Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le fue otorgada. Lo escribe también en todas las cartas en las que habla de esto. Aunque hay en ellas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente –**como también las demás Escrituras**– para su propia perdición” (2 Pe 3,15-16).*

Es muy elocuente e insólito encontrar un texto del Nuevo Testamento, como el que acabamos de citar, que ubique al mismo nivel de las demás Sagradas Escrituras a los escritos paulinos; esto permite comprender cuán rápida y nítidamente llegaron las cartas paulinas a adquirir en las primitivas comunidades cristianas el peso de autoridad y el carácter normativo que se le atribuían sólo a los antiguos escritos bíblicos¹. Y si esto se afirma de tiempos tan remotos, ni qué decir del reconocimiento y autoridad que han tenido los escritos del *Corpus* paulino entre los cristianos a lo largo de los siglos, hasta nuestros días.

Al fin y al cabo, Pablo fue el pionero de la literatura bíblica neotestamentaria. Y si bien es cierto que el Apóstol cuando escribía sus cartas no lo hacía con pretensiones literarias, ni siquiera teológicas, sino netamente pastorales², en cuanto que aquello que buscaba era responder a necesidades, circunstancias y desafíos concretos que afrontaban sus comunidades cristianas, también es cierto que sus escritos fueron el primer intento significativo por darle forma, estructura y desarrollo al kerigma cristiano; no por casualidad es punto de referencia obligada a la hora de hacer teología y elaborar discursos catequéticos.

El evangelio cristiano predicado por Pablo, fue recibido con entusiasmo por los paganos, pero encontró fuerte oposición por parte de un grupo de cristianos de origen judío –los llamados judaizantes–, quienes emprendieron una verdadera campaña de descrédito en

¹ Téngase presente que por las épocas en que se acostumbra datar la escritura de la Segunda Carta de Pedro –fines del primer siglo de la era cristiana- todavía ni siquiera se ha planteado el problema del canon bíblico, al menos por cuanto se refiere al Nuevo Testamento.

² La excepción podría ser la Carta a los Romanos, en la cual sí encontramos las características de un escrito más ordenado, con esquema preconcebido para desarrollar, exponiendo sistemáticamente unos principios de la fe y del evangelio cristiano.

contra de Pablo y de su evangelio, al que consideraban incompleto por dejar de lado la Ley de Moisés, la práctica de la circuncisión y demás prescripciones de la tradición judía. En definitiva, los opositores del Apóstol lo acusaban de predicar un mensaje que no tenía origen divino sino puramente humano. Frente a esta circunstancia, Pablo, convencido de que debía defender a toda costa la sustancial novedad y libertad del evangelio cristiano frente a la tradición judía, no se cansa de repetir que aquello que él predica no es invención suya sino fruto de la inspiración divina.

De esta manera lo expresa con vehemencia a los Gálatas: *“Porque les hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”* (Gal 1,11-12). Y dando muestras de su firmeza en la convicción del valor y origen divino del evangelio que predica, había llegado a afirmar en tono polémico contra aquellos que querían confundir a los cristianos de Galacia y pretendían deformar el Evangelio: *“Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo les anunciara un evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡sea maldito! Como les tengo dicho, también ahora lo repito: Si alguno les anuncia un evangelio distinto del que han recibido, ¡sea maldito!”* (Gal 1,8-9).

Esta certeza expresada por el Apóstol permite intuir la conciencia que tenía de que, efectivamente, el anuncio que él se esforzaba por hacer resonar *“hasta los confines del mundo”* (Hch 1,8), no era simplemente palabra humana, sino también Palabra de Dios; justamente es lo que reconoce y elogia en su primera carta, como actitud coherente en quien ha abrazado la fe cristiana. Así lo dice a los Tesalonicenses: *“...por nuestra parte no cesamos de dar gracias a Dios porque, al recibir la palabra de Dios que les predicamos, la acogieron, no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como palabra de Dios, que permanece activa en ustedes, los creyentes.”* (1 Tes 2,13). Pablo sabe, pues, que el mensaje que está difundiendo en sus comunidades de toda Asia Menor y Europa, además de ser palabra humana que recoge el testimonio y las tradiciones de los primeros cristianos y su propia experiencia de fe, es también y en sentido propio *“Palabra de Dios”*.



2. “Desde niño conoces las Escrituras” (2 Tm 3,15)

Aquello que Pablo afirma acerca de su fiel colaborador, discípulo y amigo Timoteo, podría aplicarse con mayor razón al caso particular del mismo Apóstol. En efecto, el niño Saulo, judío-fariseo de la diáspora de Tarso, muy seguramente tuvo contacto directo y muy personal con las Sagradas Escrituras desde muy corta edad, en su familia. Y luego, en su temprana adolescencia, tuvo el privilegio de ser enviado a Jerusalén para formarse en la estricta interpretación y en el estudio de la Torah a los pies del sabio maestro Gamaliel (cf. Hch 22,3; Filp 3,5-6). Su infancia y su juventud estuvieron profundamente marcadas por el estudio e interiorización de las Escrituras Santas de su pueblo judío³.

Muy elocuente y esclarecedor resulta, en este sentido, el testimonio de Murphy O'Connor, cuando escribe: *“Con respecto a la educación religiosa de Pablo, hay que señalar que conocía muy bien la traducción al griego de las escrituras hebreas. Las cita casi noventa veces, sin contar las numerosas alusiones que aparecen en sus escritos sagrados. El modo en que maneja las escrituras sagradas de su pueblo revela la profunda familiaridad que resulta del contacto. Es decir, su conocimiento de las escrituras debió provenir, por una parte, de la costumbre inculcada en su casa, y, por otra, de su asistencia regular a la sinagoga. Pablo recordaba los textos porque estaba convencido de que las escrituras le hablaban a él personalmente. En efecto, las escrituras eran una voz, no del pasado, sino del presente. Esta revelación de la preocupación de Dios evoca un amor que permitía a Pablo el utilizar las escrituras con la libertad que tanto nos sorprende hoy en día. No obstante su posterior abandono de la ley de Moisés como regla de vida, Pablo nunca olvidó el sentido de las Escrituras como comunicación directa de Dios a su pueblo”*⁴.

³ Para un acercamiento al tema particular de la Palabra de Dios en san Pablo, pueden confrontarse los artículos: “Coherence and value of the Old Testament in Paul’s thought” de Franco Festorazzi, y “L’Evangile de la paix” de Romano Penna, en: Paul de Tarse. Apôtre du notre temps, Abbaye de S. Paul h.l.m., Roma, 1979, pp. 165-173 y 175-199, respectivamente.

⁴ MURPHY O’CONNOR, Jerome, Pablo, su historia, Ed. San Pablo, Madrid, 2008, p. 18.



Y fue, precisamente, su pasión por la Revelación de Dios contenida en las Escrituras la que llevó a Pablo a ver en los cristianos una seria amenaza contra la pureza de la fe judía, al menos como la entendían y las vivían los fariseos, a los que él y su familia pertenecían. Para los fariseos el criterio fundamental para obtener la salvación era el cumplimiento riguroso de las prescripciones de la Ley, mientras Jesús y sus seguidores relativizaban el valor de esa Ley, poniendo a la persona humana, su dignidad y sus derechos, como criterio primordial por encima de cualquier legislación, y el amor como parámetro esencial del actuar. Para el Pablo fariseo, relativizar de esa manera la Ley era un atrevimiento insoportable, y por eso llegó a ser el más aguerrido de los perseguidores del Camino de Jesús.

Aunque mal entendida, en definitiva era la pasión por la Ley de Moisés recogida en las Sagradas Escrituras, lo que movía a Pablo en su propósito de acabar con la nascente secta de los cristianos; su deseo de conservar la fidelidad a la Torah lo enfervorizaba en contra de quienes, según él, habían osado despreciar, instituciones sacrosantas en la tradición de su pueblo como eran la misma Torah, el Templo, el Sábado, las prescripciones rituales, etc. Tendría que ser contrarrestado este nuevo movimiento –el cristiano–, de lo contrario se vería en peligro aquello en lo cual se cifraba la identidad y la fe de su pueblo. Sin embargo, una singular sorpresa lo aguardaba⁵.

3. “El Padre quiso revelar en mí a su Hijo” (Gal 1,16)

La experiencia vocacional de Pablo en el camino hacia Damasco marcó un proceso de conversión que llevó al Apóstol a redescubrir al Dios de la Torah, pues lo que había llegado a suceder a los judíos de su época era haber cambiado al Dios de la Ley por la Ley de Dios. Ahora Pablo se da cuenta de su error y emprende un camino de retorno; al fin y al cabo ese es el sentido más original y auténtico del concepto “conversión” en la Biblia (en hebreo *Shub* = volver). Y ese

⁵ Para tener una visión panorámica de la vida de Pablo, narrada de forma amena y novelesca, sin carecer de óptimo valor científico, recomiendo la obra de DECAUX, Alain, El aborto de Dios. Una biografía de san Pablo, Ed. San Pablo, Bogotá, 2006.



camino de retorno a Dios pasa por la Palabra, releída e interpretada ahora desde Cristo⁶.

Asimismo, la vocación-conversión de Pablo tiene en su origen una fuerte experiencia de la gratuidad y del amor de Dios; y desde este criterio de la gracia el Apóstol redescubre la esencia misma de la historia de la salvación. Por eso toda su teología y su enseñanza pastoral van a estar marcadas por la impronta de la gratuidad (cf. Rm 3,21-31; Gal 2,15-21). La salvación no puede seguir siendo entendida como recompensa a los méritos del cumplimiento riguroso de la Ley –según la mentalidad farisaica–, ahora queda claro que es un don gratuito que depende de la bondad de Dios y no de la supuesta bondad humana.

Si la salvación o justificación dependiera de la estricta observancia de la Ley, todo se resolvería a nivel del esfuerzo humano: ¡qué despropósito!; pensar que Dios ofrece la salvación como premio a quien se ha portado bien llevaría a desconocer el poder y el amor de Dios, o al menos a darle prioridad al mérito humano sobre la acción divina. Pablo va comprendiendo que la salvación no puede ser vista como retribución divina a las obras de la ley cumplidas por el ser humano; la salvación es regalo de Dios y depende de la fe en Cristo. Obviamente, es importante el mérito y la realización de las obras de la caridad, pero no como causa o requisito para obtener la salvación, sino más bien como consecuencias y respuestas humanas a la acción salvífica de Dios (cf. Ef 2,1-10; Gal 5,6).

Lucas, al narrar la conversión de Pablo en el camino hacia Damasco, lo hace con obvias pretensiones catequéticas, antes que biográficas, por eso los detalles que cuenta de ese episodio (cf. Hch 9; 22; 26), es necesario interpretarlos desde su valor simbólico, evitando la tentación de tomarlos como datos de crónica histórica. Sin negar la posibilidad de que haya existido realmente un evento extraordinario en ese camino hacia Damasco, más importante es preguntarnos cómo

⁶ Sobre el episodio vocacional de Pablo y su significado, tanto en los relatos lucanos de los Hechos de los Apóstoles como en algunas de las referencias que el mismo Apóstol hace de modo austero en sus cartas, remito al excelente comentario de GNILKA, Joachim, Pablo de Tarso. Apóstol y testigo, Ed. Herder, Barcelona, 1998, pp. 43-50.

lo vivió el propio Pablo. Y en ese sentido son muy limitadas y sobrias las referencias de las mismas cartas paulinas a este acontecimiento vocacional. La más explícita es la mención que hace en Gálatas 1,11-20, donde ofrece su testimonio personal en clave de una “revelación” del Hijo por parte del Padre-Dios en la vida del Apóstol.

En 1 Corintios 9,1 la refiere como vivencia personal: “*he visto al Señor*”; mientras que poco más adelante, en la misma carta se refiere a Aquel que “*se le manifestó, por último entre los apóstoles*”, entre quienes Pablo se siente como una especie de aborto (cf. 1 Cor 15,8). Finalmente, en Filp 3,12, remitiéndose también a la iniciativa divina en su vocación-conversión, reconoce que “*Cristo le dio alcance*” antes de que él pudiera imaginar siquiera ir en pos de Cristo. Por eso también, en Gal 1,15, parafraseando las expresiones del profeta Jeremías en su vocación, confiesa haber sido “*separado desde el seno materno y llamado por su gracia*”⁷.

Justamente, el protagonismo de la gracia divina y de su misericordia en la vocación de Pablo, se encuentran bien expresados en otro texto paulino de particular valor autobiográfico, aunque no tenga explícitamente la pretensión de crónica histórica. Escribe Pablo: “*Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio, a mí, que antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero encontré misericordia porque obré por ignorancia cuando no era creyente. Pero la gracia de nuestro Señor sobrepasó en mí, juntamente con la fe y la caridad en Cristo Jesús.*” (1 Tm 1,12-14).

De todo esto lo que resulta es una experiencia más bien de estilo místico, una manifestación de Dios en su vida, que le lleva a replantearse todo: su identidad, sus seguridades, su fe, sus criterios de juicio, sus convicciones, sus esperanzas, su modo de acercarse a las Escrituras Santas, su comprensión del misterio de Dios. Y esta vivencia de la gracia da un nuevo sentido y una reorientación radical

⁷ Acerca de la percepción del mismo Pablo y sus recuerdos –consignados en sus cartas– del acontecimiento de vocación conversión, puede confrontarse un interesante comentario de los textos paulinos desde la perspectiva psicológica en: CIRIGNANO, Giulio – MONTUSCHI, Ferdinando, *La personalità di Paolo. Un approccio psicologico alle lettere paoline*, EDB, Bologna, 1996, pp. 41-54.



de la vida de Pablo, que de perseguidor llegará a ser perseguido por la causa del Evangelio⁸.

4. “Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo” (2 Tm 4,2)

La fe en Cristo provee a Pablo de una nueva visión de la realidad, que lo impulsa a hacer partícipe a otros, especialmente a los gentiles o paganos, de tan feliz anuncio de la salvación gratuita. Y de esa manera se lanza a la evangelización del mundo, con el propósito de inundar del Evangelio toda la cuenca del Mediterráneo, primero, y Europa después. Las fatigas misioneras de Pablo, con sus más de veinte mil kilómetros recorridos por los caminos del Imperio, van floreciendo en comunidades cristianas animadas por la fe, la esperanza y la caridad (cf. 1 Tes 1,3), que se vuelven a su vez evangelizadoras y van creando redes de vida cristiana que pronto abrazarían los más variados ambientes, especialmente las grandes ciudades, de Asia Menor y Europa.

La Palabra de Dios, que ahora ya no es sólo el mensaje contenido en el primer testamento, sino que radica fundamentalmente en el misterio pascual de Cristo (cf. Hch 13,13-43), se convierte en la pasión que mueve la vida de Pablo y lo empuja a llenar de la Buena Nueva de Cristo todos los lugares a donde alcanza a llegar (cf. Rm 15,19). Él está firmemente convencido de que la Sagrada Escritura, entendida ahora en clave cristiana, por ser inspirada por Dios “*es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia*” (2 Tm 3,16), pues ella es la que capacita al creyente para toda clase de obras buenas.

Las más de cincuenta referencias al término Evangelio⁹, o a las formas verbales de “evangelizar”, que encontramos en las cartas

⁸ La dimensión mística del evento vocacional es estudiada como una especie de iluminación interior donde el gran protagonista es el Espíritu Santo, por BERNARD, Charles André, San Paolo, místico e apóstolo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo, Milano, 2000, especialmente en el segundo capítulo, titulado precisamente: “místico y apóstol”: pp. 49-86.

⁹ Exactamente son sesenta veces que aparece este concepto en los escritos paulinos, y si se tiene en cuenta que en todo el Nuevo Testamento la palabra aparece setenta y seis veces, resulta muy significativo el alto porcentaje de presencia de tal concepto en Pablo, prácticamente un 79 %. Cf. DUNN, James D. G., La teología dell’apóstolo Paolo, Ed. Paideia, Brescia, 1999, p. 180.

paulinas¹⁰, son un indicio bastante elocuente del valor primordial que atribuía Pablo a la Buena Nueva de Jesús en su vida y en su infatigable labor misionera. Ese Evangelio cristiano predicado por el Apóstol no se limita a la letra de las Sagradas Escrituras, aunque sí encuentra en ellas una fuente privilegiada de inspiración y una cuna natural; es un mensaje vivo, que prácticamente llega a identificarse con Cristo mismo (también Juan lo cree así y lo consignó en la famosa proclama: “*La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*”, Jn 1,14), y que por lo mismo adquiere carácter absoluto¹¹.

Pablo tiene muy claro que no existe otro Evangelio que no sea el de Cristo¹², hasta el punto de llegar a advertir severamente a los Gálatas que no podían cambiar el anuncio de salvación que ya habían recibido por medio de él; y que incluso si un ángel del cielo o el mismo Apóstol vinieran a predicar otro evangelio distinto al de Cristo, ese tal será considerado un maldito (cf. Gal 1,6-9). Su firmeza en esta convicción lo llevó a ser un apóstol intrépido, osado, y en ocasiones incluso polémico y rebelde, con tal de defender la identidad del evangelio cristiano, y su radical novedad, libertad y autonomía frente a la tradición judía y sus muchas prescripciones (613, para ser exactos).

Se entiende, pues, que la revelación bíblica del Antiguo Testamento había sido muy importante, pero en cuanto preparación a la llegada de Cristo. Una vez que se hace presente Cristo entre nosotros, ya queda superada y trascendida la antigua alianza, porque llegó a su

¹⁰ Cuando me refiero a las Cartas Paulinas, intencionalmente no entro en la polémica de distinguir las protopaulinas de las deuteropaulinas, porque estoy firmemente convencido del valor inspirado de todo el epistolario paulino, y creo que todas las trece cartas atribuidas al Apóstol expresan fielmente su doctrina, independientemente de la discusión de si fueron directamente escritas por él, o fueron fruto de pseudoepigrafía y debieran ser atribuidas a algún discípulo suyo.

¹¹ Se entiende que el Evangelio haya colmado las más profundas expectativas y búsquedas de sentido del inquieto Pablo, si consideramos que ese Evangelio, lejos de ser una teoría, una filosofía, una ideología o un simple discurso, se identificaba con una Persona concreta –Jesucristo–, capaz de interpelar, cautivar y dar sentido a la existencia. A este respecto, aconsejo la interesante obra de: PASTOR RAMOS, Federico, Pablo, un seducido por Cristo, Ed. Verbo Divino, Estella-Navarra, 1991.

¹² Acerca de la riquísima significación que tiene el concepto Evangelio en Pablo, me permito remitir a los excelentes artículos de: FERNÁNDEZ RAMOS, Felipe, “Evangelista por excelencia” en: Diccionario de San Pablo, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1999, pp. 518-535; LUTER Jr., A. B., “Vangelo” en: Dizionario de Paolo e delle sue lettere, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo, Milano, 1999, pp. 1594-1600; DUNN, James D. G., Op. Cit., pp. 179-196; o al más sencillo y breve, pero siempre válido de: FITZMYER, Joseph, Teología de San Pablo, Ed. Cristiandad, Madrid, 1975, pp. 74-81.



cumplimiento y plenitud en Cristo. La Torah judía cumplió un servicio valioso en su momento, pero que correspondía a la minoría de edad de la humanidad; ella fue una especie de pedagoga¹³ que acompañó a la humanidad hasta Cristo, y con Él se llega a la mayoría de edad en la fe, por lo cual ya no se puede vivir sometidos a la esclavitud de la Ley, sino en la libertad y madurez de la fe en Cristo, que, con su misterio pascual, nos obtuvo la justificación gratuita de parte de Dios (cf. Gal 3,23 – 4,11).

Éste era el feliz anuncio que Pablo no se cansaba de predicar, de viva voz y por escrito, como Palabra de Dios actualizada para sus comunidades; por eso entendemos que su existencia toda haya sido eminentemente cristocéntrica, porque conocer a Cristo muerto y resucitado para configurarse con Él (cf. Gal 2,20; Filp 1,21) era su proyecto personal de vida, que propuso también como ideal y utopía para todos los destinatarios de su evangelización (cf. Gal 4,19). Por eso, igualmente, advertía con tanta vehemencia a su fiel discípulo y colaborador Timoteo con palabras inspiradas: “Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su Manifestación y su Reino. Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina... realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio.” (2 Tm 4,1-5).

5. “Pablo predicaba el Reino de Dios con toda valentía, sin estorbo alguno” (Hch 28,31)

La pasión de Pablo por la Palabra que predicaba por el mundo entero como mensaje universal de salvación, fue una constante a lo largo de sus muchos e intensos años –más de veinte en todo caso– de ministerio apostólico, hasta sus últimos días. Muy dicente, en este sentido, son las palabras de Lucas, otro de sus amigos, discípulos y colaboradores, quien al concluir toda su obra escrita en dos tomos (Evangelio y Hechos de los Apóstoles), deja ese testimonio tan breve

¹³ Téngase en cuenta que por la época de Pablo el pedagogo no se equiparaba al maestro, pues era un esclavo encargado de conducir al hijo del amo donde el maestro. Pero el que enseñaba era el maestro, que por supuesto era hombre libre; el pedagogo era un esclavo que no enseñaba sino que simplemente conducía y acompañaba al niño hacia donde encontraba al maestro. La ley fue, en la enseñanza de Pablo, pedagoga, no maestro, quien obviamente debemos concluir era sólo Cristo.

como significativo de un Pablo encarcelado, pero con la libertad y valentía suficientes para predicar abiertamente y con franqueza¹⁴ el Evangelio de Cristo, hasta en el corazón del paganismo y capital del Imperio, la Ciudad Eterna (cf. Hch 28,30-31).

Pablo se siente deudor de todos los pueblos; sabe que las naciones paganas aguardan ansiosamente la llegada de la Palabra de Dios, y está firmemente convencido de su carácter de *“heraldo, apóstol y maestro de los gentiles, en la fe y la verdad”* (1 Tm 2,7), y no puede callar su testimonio, pues predicar el Evangelio se convirtió para él en una pasión a la que no puede resistirse, un deber que lo impele a hacerse todo a todos, y al proclamar el anuncio de salvación no busca obtener el reconocimiento o la gloria humana, sino cumplir con un deber que le compete y que le ha incomodado tanto su vida hasta el punto de no permitirle quedarse quieto o callado, mientras hay todavía tantos sedientos de la Palabra por doquier (cf. 1 Cor 9, 16-23).

La experiencia de Pablo frente a la Palabra y su anuncio, puede compararse a la de Jeremías, como resulta de sus confesiones en las que el profeta reconoce: *“Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido. He sido la irrisión cotidiana: todos me remedaban. Cada vez que abro la boca es para clamar <<¡Atropello!>>, y para gritar: <<¡Me roban!>> La palabra de Yahvé ha sido para mí oprobio y befa cotidiana. Yo decía: <<No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.>> Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía”* (Jr 20,7-9). Así le sucedió a Pablo: la Palabra de Cristo, la misma que tiene poder santificador (cf. 1ª Tm 4,5), era como un fuego que le impulsaba desde dentro a proclamarla entre las naciones extranjeras y a sus propios hermanos de raza, aunque esto le trajese consigo persecución, calumnias, tribulaciones y fatigas (cf. 2 Cor 4,7-18; 11,18-33)¹⁵.

¹⁴ El término griego usado por Lucas para describir la actitud de Pablo en su predicación del Reino de Dios es muy significativo, se trata de la *parrhsia*, que puede tener diversos sentidos complementarios: en público, abiertamente, libertad de espíritu, valentía, franqueza, confianza, etc.

¹⁵ Una presentación sencilla pero bien fundamentada de los diversos rasgos de la obra paulina, incluida su pasión por la predicación de la Palabra de Dios, puede encontrarse en: FABRIS, Rinaldo, *Para leer a san Pablo*, Ed. San Pablo, Bogotá, 1996, así como también en: BORTOLINI, José, *Introducción a san Pablo y a sus cartas*, Ed. San Pablo, Bogotá, 2007.



En sus prisiones por Cristo, tal vez en Éfeso y Jerusalén, pero sobre todo en Cesarea marítima y Roma, Pablo nunca dejó de predicar y proclamar a los cuatro vientos la Palabra de Cristo, con la segura certeza de que era por el Evangelio que él sufría hasta llevar cadenas como un malhechor, pero la Palabra de Dios que él anunciaba no estaba encadenada (cf. 2 Tm 2,8-9). Y ese fervor le acompañó hasta sus últimos días: el martirio fue el sello y premio por su fidelidad al Evangelio. Pero la muerte ya había sido seriamente contemplada por Pablo como una probabilidad inminente, al fin y al cabo era la consecuencia lógica de su entrega de tantos años, entre luchas, polémicas y trabajos, al servicio de la evangelización de todos los pueblos: *“para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia. Mas si el continuar viviendo es para mí fruto de apostolado, no sé que elegir. Me siento apremiado por ambas partes: por una, deseo la muerte para estar con Cristo, lo que es mejor para mí; por otra, deseo continuar viviendo, lo que juzgo más necesario para ustedes. Estoy seguro de que me quedaré y permaneceré con ustedes para su progreso y gozo en la fe”* (Filp 1,21-25).

Como lo afirma muy acertadamente Murphy-O'Connor, *“Para alguien que ha luchado por <<llevar en el cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús>> (2 Cor 4,10-11), la oportunidad de morir como testigo del sufrimiento, igual que Cristo, debía ser la gracia suprema jamás concedida. <<Deseo la muerte para estar con Cristo>> (Filp 1,23): y el deseo se cumplió en las mejores condiciones posibles. Al instante de descubrir el cuello para recibir la espada del verdugo, Pablo supo que su muerte iba a significar la proclamación más enérgica de que había mantenido la fe.”*¹⁶

¹⁶ MURPHY-O'CONNOR, Jerome, Op. Cit., p. 372.